

diversos departamentos las congratulaciones y felicitaciones tales como las autoridades de París las habían dictado y transmitido, expresando una opinión pública convenida, enteramente diversa de la opinión real. ¡Escribid la historia conforme a tales documentos! Para probar vuestros imparciales estudios, cotejad los auténticos, y sólo encontraréis una mentira en apoyo de otra.

Si pudiera ponerse en duda esta impostura universal; si personas que no han visto los días del Imperio se obstinasen en tener por sincero lo que hallasen en los documentos impresos o lo que desenterraran de ciertos legajos de los ministerios, bastaría apelar a un testimonio irrecusable, al senado *conservador*; en el decreto que he citado anteriormente habéis visto sus propias palabras: «Considerando que la libertad de la prensa ha estado continuamente sometida a la censura arbitraria de su policía, y que, al mismo tiempo, *siempre se ha servido de la prensa para llenar Francia y Europa de hechos disputados y máximas falsas; que actas y dictámenes oídos por el Senado han sufrido alteraciones en la publicación que de ellos se ha hecho, etcétera.*» ¿Hay algo que contestar a esta declaración?

La vida de Napoleón es una verdad incontestable, que la impostura se había encargado de escribir.

Un orgullo monstruoso y una afectación incesante formaban el carácter del emperador. En el tiempo de su dominación, ¿qué necesidad tenía de exagerar su estatura, cuando el dios de la guerra le había suministrado ese carro cuyas ruedas están vivas?

Tenía sangre italiana, y su naturaleza era compleja; los grandes hombres, familia muy reducida sobre la tierra, no encuentran, por desgracia, más que a sí mismos para imitarse. A la vez modelo y copia, personaje real y actor representando este personaje, Napoleón era su propio yo; él no se hubiera creído un héroe a no haberse disfrazado con los vestidos de ese héroe. Esta extraña debilidad dió a sus sorprendentes realidades algo de falsedad y de equívoco: té-mese tomar al rey de los reyes por Roscio o a Roscio por el rey de los reyes.

Las cualidades de Bonaparte están tan adulteradas en las gacetillas, versos, folletos y hasta en las canciones del imperialismo, que es imposible reconocerlas.

Todo lo que se le ha prestado de interesante son hablurías que desmienten las acciones de su vida.

La *Grand'mère* de mi ilustre amigo Béranger, no es más que un admirable Pont-Neuf. Napoleón no tenía nada de amable, pues, dominación personificada como era, tenía un aspecto seco, cuya frialdad servía de antídoto a su imaginación ardiente; no encontraba jamás en sí una palabra, sino un hecho dispuesto siempre a irritarse de la más pequeña independencia: una mosca que volase sin su consentimiento, era a sus ojos un insecto rebelde. Y no era todo el mentir a los oídos; era preciso mentir a los ojos. Aquí, en un grabado, se ve a Bonaparte que se descubre ante los heridos austriacos; allí toca Napoleón a los apestados de Jafa, y nunca se acercó a ellos, y en otro atraviesa el San Bernardo sobre un caballo fogoso, y en medio de torbellinos de nieve, y hacía el tiempo más hermoso del mundo.

¿No se pretende transformar hoy al emperador en un romano de los primeros días del Monte Aventino, en un misionero de la libertad, en un ciudadano que no instituya la esclavitud sino por amor a la virtud contraria? Juzgad por estos dos rasgos del gran fundador de la igualdad. Ordenó anular el matrimonio de su hermano Jerónimo con la señorita Paterson, porque el hermano de Napoleón no podía aliarse sino con sangre de príncipes; más tarde, a su vuelta de Elba, reviste la nueva constitución *democrática* con una cámara de *pares* y la corona con el *Acta adicional*.

Que el emperador, continuador de los triunfos de la República, sembrase por todas partes principios de independencia; que sus victorias ayudaran a la relajación de los lazos entre los pueblos y los reyes, y arrancasen estos pueblos al poder de las viejas costumbres y de las antiguas ideas; que en tal sentido haya contribuido a la libertad social, son cosas que no pretendo poner en duda; pero que por propia voluntad haya trabajado a ciencia cierta en la independencia política y civil de las naciones; que estableciera el despotismo más estrecho en la idea de dar a Europa, y particularmente a Francia, la constitución más amplia; que no haya sido más que un tribuno disfrazado de tirano, éstas son suposiciones que me es imposible admitir.

Bonaparte, como la raza de los príncipes, sólo ha querido y buscado el po-

der, llegando a él, sin embargo, al través de la libertad. La Revolución, que era su nodriza, no tardó en presentarsele como una enemiga: el emperador, por otra parte, conocía muy bien el mal, cuando el mal no venía directamente del emperador, porque no estaba desprovisto de sentido moral. El sofisma, establecido hoy sobre el amor que profesaba a la libertad, no prueba más que una cosa: el abuso que se puede hacer de la razón, y que hoy se presta a todo. ¿No se dice ahora que el Terror fué un tiempo de humanidad? En efecto, ¿no se pedía la abolición de la pena de muerte cuando a tanta gente se mataba? ¿Los grandes civilizadores, como *se les llama*, no han inmolado siempre hombres, y no es por esto por lo que *se demuestra* que Robespierre era el continuador de Jesucristo?

El emperador se ocupaba en todas las cosas, y jamás descansaba su inteligencia, pues tenía una especie de agitación perpetua de ideas. En la impetuosidad de su naturaleza, en vez de andar con paso franco y continuo, avanzaba dando saltos sobre el universo, y nada quería de éste, si había de verse obligado a esperararlo. Ser incomprensible, que hallaba el secreto de rebajar sus más culminantes acciones, desdeñándolas, y de alzar hasta su altura sus actos menos elevados. De voluntad impaciente y paciente de carácter, incompleto y como inacabado, Napoleón tenía vacíos en su genio: su entendimiento se parecía al cielo de ese otro hemisferio, bajo el cual debía ir a expirar, a ese cielo, cuyas estrellas están separadas por espacios vacíos.

Se pregunta por qué prestigio Bonaparte, tan aristócrata y enemigo del pueblo, pudo llegar a la popularidad que alcanzó; porque, ciertamente, este fabricante de yugos ha permanecido popular en un país cuya pretensión ha sido levantar altares a la independencia y a la igualdad: ésta es la solución del enigma.

Una experiencia continuá hace reconocer que los franceses se inclinan instintivamente al poder; no aman la libertad, y sólo la igualdad es su ídolo; pero la igualdad y el despotismo tienen pactos secretos. Bajo estos dos aspectos, Napoleón tenía su origen en el corazón de los franceses, militarmente inclinados al poder y democráticamente adictos a la igualdad. Subido al trono, allí hizo sentarse al pueblo con él; rey proletario, humilló en las antecámaras a los reyes y a los nobles, y niveló las clases, no reba-

jándolas, sino elevándolas. Otra causa de su popularidad está en la ficción de sus últimos días. Después de su muerte, y a medida que se conoció mejor lo que había sufrido en Santa Elena, empezaron a enternecerse, y se olvidó su tiranía para acordarse de que después de haber vencido a nuestros enemigos y en seguida haberlos traído a Francia, nos había defendido contra ellos; su fama provino de su infortunio, su gloria se aprovechó de su desgracia.

En fin, los milagros de sus armas han entusiasmado a la juventud, enseñándonos a adorar la fuerza brutal. Su inaudita fortuna legó a cada ambición la esperanza de llegar a donde él había llegado.

Y, sin embargo, este hombre, tan popular por el nivel que había tendido sobre Francia, era el enemigo mortal de la igualdad y el más grande organizador de la aristocracia en la democracia.

No puedo convenir en los falsos elogios con que se insulta a Bonaparte queriendo justificar su conducta; no puedo renunciar a mi razón, ni extasiarme ante lo que me causa lástima u horror.

Si he conseguido expresar lo que siento, será mi retrato una de las primeras figuras de la historia; pero nada he adoptado de esa criatura fantástica compuesta de mentiras; ficciones que yo he visto nacer, y que, tenidas al principio por lo que eran, han pasado con el tiempo al estado de verdad por la infatuación y la imbecil credulidad humana. Prefiero pintar los personajes en conciencia, sin quitarles lo que tienen, sin darles lo que no tienen.

Tal es el embarazo que causa al escritor imparcial una brillante fama: él la separa cuanto puede con objeto de ponerla en descubierto, pero viene la gloria como un vapor radiante, y cubre al instante el cuadro.

SI BONAPARTE NOS HA DEJADO EN FAMA LO QUE NOS HA QUITADO EN FUERZA.—INUTILIDAD DE LAS VERDADES EXPUESTAS ANTERIORMENTE. — ISLA DE SANTA ELENA. — BONAPARTE ATRAVIESA EL ATLÁNTICO. — NAPOLEÓN DESEMBARCA EN SANTA ELENA. — SE ESTABLECE EN LONGWOOD. — SU VIDA EN ESTA RESIDENCIA.

Por no confesar la aminoración de territorio y de poder que debemos a Bonaparte, la generación actual se consuela

suponiendo que lo que nos ha quitado en fuerza nos lo ha devuelto en ilustración: «¿No somos ahora—dice—famosos en toda la tierra? ¿Un francés no es temido, conocido y buscado en todas partes?»

¿Pero, estamos colocados, acaso, entre estas dos condiciones, o la inmortalidad sin poder, o el poder sin inmortalidad? Alejandro dió a conocer al universo el nombre de los griegos: la lengua y la civilización de los helenos se extendió del Nilo a Babilonia, y de Babilonia al Indo, y a su muerte, su reino patrimonial de Macedonia, en vez de haber disminuído, había centuplicado su fuerza. Bonaparte nos ha hecho conocer en todas las riberas; mandados por él, los franceses postraron tanto a Europa a sus pies, que Francia prevalece aún por su nombre, y el Arco de la Estrella puede alzarse sin parecer un pueril trofeo; pero antes de nuestros reveses, este monumento habría sido un testigo, en vez de no ser más que una crónica. ¿Acaso Dumouriez no había dado al extranjero las primeras lecciones, Jourdan ganado la batalla de Fleurus, Pichegru conquistado Bélgica y Holanda, Hoche pasado el Rin, Massena triunfado en Zurich, Moreau en Hohenlinden, empresas las más difíciles de lograr, y que preparaban las otras? Bonaparte ha dado un cuerpo a estos triunfos esparcidos, los ha continuado y los ha hecho brillar; pero sin estas primeras maravillas, ¿habría alcanzado las últimas?

La ilustración de nuestro emperador no nos ha costado más que doscientos o trescientos mil hombres al año, y sólo le hemos pagado tres millones de nuestros soldados. ¿Merecen la pena de contarse estas bagatelas? ¿No están resplandecientes las generaciones que han venido después? ¿Tanto peor para aquellos que han desaparecido! Las calamidades en tiempo de la República sirvieron para la salvación general; nuestras desgracias en tiempo del Imperio han hecho más: ¡deificaron a Napoleón! Esto nos basta.

Pero no me basta a mí, ni me rebajaré hasta ocultar mi patria detrás de Bonaparte: él no ha hecho a Francia; Francia le ha hecho a él. Ningún talento, ninguna superioridad me llevará jamás a tolerar el poder que puede con una palabra privarme de mi independencia, de mis hogares y de mis amigos: si no digo de mi fortuna y de mi honor, es porque la fortuna no merece la pena de defenderla, y en cuanto al honor, éste se escapa de la tiranía, pues, como el alma

de los mártires, los lazos lo rodean, pero no lo aprisionan.

El mal que la verdadera filosofía no perdonará nunca a Bonaparte, es haber acomodado la sociedad a la obediencia pasiva, rechazando la humanidad hacia los tiempos de degradación moral, y tal vez bastardeando los caracteres de manera que sea imposible decir cuándo empezarán a palpar los corazones con sentimientos generosos. La debilidad en que estamos sumidos con respecto a nosotros mismos y con respecto a Europa, y nuestro actual decaimiento, son la consecuencia de la esclavitud napoleónica: nada me sorprendería si se nos viese en el mal-estar de nuestra impotencia parapetarnos contra Europa en vez de salir a buscarla, soltar nuestras franquicias en el interior para librarnos en el exterior de un terror quimérico, y extraviarnos en innobles previsiones contrarias a nuestro genio y a los catorce siglos de que se componen nuestras costumbres nacionales.

El despotismo que Napoleón ha dejado en el aire, bajará sobre nosotros convertido en fortalezas.

Hoy es moda acoger la libertad con risa sardónica y mirarla como antigualla caída en desuso con el honor. Pero yo no estoy a la moda, y pienso que sin la libertad no hay nada en el mundo, y, aunque deba ser el último en defenderla, nunca dejaré de proclamar sus derechos.

Asaltar a Bonaparte en nombre de cosas pasadas, atacarlo con ideas muertas, es prepararle nuevos triunfos. Sólo puede combatirle con alguna cosa más grande que él: con la libertad; él se hizo culpable para con ella, y por consecuencia, para con el género humano.

¡Vanas palabras! Mejor que nadie conozco su inutilidad. Ahora toda observación, por moderada que sea, es considerada como profanadora: se necesita valor para desafiar los gritos del vulgo, para no temer hacerse tratar de inteligencia limitada, incapaz de comprender y de sentir el genio de Bonaparte, por el único motivo de que en medio de la admiración viva y verdadera que se profesa hacia él, no se puede, sin embargo, incensar todas sus imperfecciones. El mundo pertenece a Napoleón; lo que el destructor no había podido concluir de conquistar, su fama lo usurpa: vivo, le ha faltado el mundo; muerto, lo posee. Mal ha-

céis en reclamar, porque las generaciones pasan sin escucharos. La antigüedad hace decir a la sombra del hijo de Príamo: «No juzgues a Héctor según su misero sepulcro; la *Iliada*, Homero, los griegos en fuga: he aquí mi tumba; yo estoy enterrado bajo todas estas grandes acciones.»

Bonaparte no es ya el verdadero Bonaparte, sino una figura legendaria compuesta de las fantasías del poeta, de las veladas del soldado y de los cuentos del pueblo; es el Carlomagno y el Alejandro de las épocas de la Edad Media que hoy vemos. Este héroe fantástico continuará siendo un personaje real, y desaparecerán los otros retratos. Bonaparte pertenecía tanto a la dominación absoluta, que después de hacernos sufrir el despotismo de su persona, nos hace sufrir ahora el despotismo de su memoria. Este último despotismo es más dominador que el primero, porque si se le combatió algunas veces cuando estaba sobre el trono, hay un consentimiento universal en aceptar los hierros que nos dejó en su muerte. El es un obstáculo a los triunfos futuros: ¿cómo un poder salido de los campamentos podría establecerse a su lado? ¿No ha dado muerte, a cualquier gloria militar, sobrepujándola? ¿Cómo podrá nacer un gobierno libre, cuando ha corrompido en todos los corazones el principio de libertad? Ningún poder legítimo puede ya arrojar del espíritu del hombre el espectro usurpador: el soldado y el ciudadano, el republicano y el monárquico, el rico y el pobre, tienen igualmente los bustos y los retratos de Napoleón en sus hogares, en sus palacios o en sus cabañas: los antiguos vencidos están ya de acuerdo con los antiguos vencedores; no puede darse un paso en Italia sin que se le encuentre, ni puede penetrarse en esta nación sin que se le vea; porque la generación joven que le rechazó ha pasado ya.

Napoleón no es grande por sus palabras, ni por sus discursos, ni por sus escritos, ni por su amor a las libertades, que nunca tuvo ni intentó establecer: es grande por haber creado un gobierno regular y poderoso, un código de leyes adoptado en diversas naciones, tribunales de justicia, escuelas, una administración fuerte, activa, inteligente y sobre la cual aun vivimos; es grande por haber resucitado, ilustrado y conducido superiormente Italia; es grande por haber hecho renacer en Francia el orden del

seno del caos, por haber reedificado los altares, por haber reducido al orden a furiosos demagogos, a sabios orgullosos, a volterianos ateos, a oradores de plaza, a asesinos de cárceles y de calles, a clubs de cadalsos; es grande por haber encañado una turba anárquica, y por haber forzado a soldados que eran sus iguales, y a capitanes que eran sus jefes o sus rivales, a doblegarse a su voluntad; y, sobre todo, por haber nacido de sí mismo; por haber sabido hacerse obedecer de treinta y seis millones de súbditos en época en que ningún prestigio rodeaba los tronos; por haber deshecho todos los ejércitos, sin preocuparle la diferencia de su fortuna y de su valor; por haber enseñado su nombre a los pueblos salvajes como a los pueblos civilizados; por haber sobrepujado a todos los vencedores que le precedieron, y por haber realizado en diez años tales prodigios, que apenas hoy se pueden comprender.

El famoso delincuente en materia triunfal ya no existe; los pocos hombres que aun comprenden los sentimientos nobles pueden rendir homenaje a la gloria sin temerla; pero sin arrepentirse de haber proclamado lo que esta gloria tuvo de funesta, ni reconocer al destructor de las independencias por el padre de las emancipaciones. Bonaparte no tiene ninguna necesidad de que se le presten méritos, pues fué bastante dotado de ellos al nacer.

Vamos ahora a verle morir: ¡abandonemos Europa; sigámosle bajo el cielo de su apoteosis! El estremecimiento de los mares nos señalará el lugar de su desaparición: «En la extremidad de nuestro hemisferio se oye—dice Tácito— el ruido que hace el sol al sumergirse, *sonum insuper immergentis audiri.*»

Juan de Noya, navegante portugués, perdió el rumbo en las aguas que separan el Africa de América en su viaje de 1502: el 18 de agosto, día de Santa Elena, madre del primer emperador cristiano, halló una isla a los 16 grados de latitud y a los 11 de longitud meridional y desembarcó en ella, dándole el nombre de la santa, en cuyo día la había descubierto.

Los portugueses frecuentaron aquella isla durante algunos años, pero se cansaron de sus pocos recursos; se establecieron en ella los holandeses, quienes la abandonaron también por el cabo de Buena Esperanza, dejando su posesión a la compañía inglesa de las Indias; vol-

vieron los holandeses a tomarla en 1672, y, por último, la ocuparon de nuevo los ingleses, y se fijaron definitivamente en sus bosques.

El clima de la isla es sano, aunque lluvioso, pues aquel escollo de Neptuno, cuya circunferencia sólo tiene de siete a ocho leguas, aspira continuamente los húmedos vapores del Océano. El sol del Ecuador abrasa en las altas horas del día todo cuanto allí respira, obliga al silencio y al descanso hasta a los mosquitos, y hace que los hombres y los animales se oculten de sus inflamados rayos para no sofocarse. Las olas se iluminan por la noche con los reflejos de la *luz marina*, producida por inmensas cohortes de insectos, cuyos amores, electrizados por la tempestad, esparcen en la superficie engañosa del abismo los resplandores y el brillo de una boda universal. La sombra de la isla, fija y oscura, destaca entonces en medio de aquella inquietu llanura sembrada de diamantes. No es menos magnífico el espectáculo que ofrece la bóveda celeste, según la expresión de mi sabio y célebre amigo, señor de Humboldt, en sus *Viajes a las regiones equinociales*. «Se experimenta—dice—no sé qué sentimiento desconocido cuando, al aproximarse al Ecuador, y, sobre todo, en el paso de un hemisferio a otro, se ve cómo bajan progresivamente, y al fin desaparecen, las estrellas que conocemos desde nuestra infancia. Se nota que hemos salido de Europa al ver que se eleva en el horizonte la inmensa constelación del *Navio*, o las fosforescentes *Nubes de Magallanes*.

»Hasta la noche del 4 al 5 de julio — continúa diciendo—, no pudimos ver claramente en el primer viaje la *cruz del Sur*, encontrándonos en la latitud de 16 grados.

»Entonces me acordé de aquel sublime fragmento de Dante, que los más célebres comentadores han aplicado a esta constelación:

*Io mi volsi a man dextra, etc.*

»Los españoles y portugueses conservan una especie de culto a esa estrella, cuya figura presenta a su memoria el signo de la fe, que llevaron sus antepasados a las más apartadas regiones del nuevo mundo.»

Los poetas de Francia y de la antigua Lusitania colocaron mil ficciones elegia-

cas en las orillas del Melindo y de las islas que lo rodean, ¡pero cuánto distan esos dolores poéticos de los tormentos reales de Bonaparte, bajo aquellos astros predichos por el cantor de Beatriz, y en aquellos mares de Eleonora y de Virginia! ¿Se acordaban, por ventura, los patricios de Roma, deportados a las islas de la Grecia, de los encantos de sus ríos y de las divinidades de Creta y de Naxos? Lo que extasiaba a Vasco de Gama y a Camoens no podía conmover a Napoleón; recostado en la popa del navío no se cuidaba de que encima de su cabeza brillaban constelaciones desconocidas, cuyos resplandores se cruzaban con sus miradas por la primera vez. ¿Qué le importaban aquellos astros que nunca había observado desde sus tiendas de campaña, ni habían iluminado su imperio? Y, sin embargo, ninguna estrella faltó a su destino, pues la mitad del firmamento iluminó su cuna, y la otra quedó en reserva para asistir a la pompa de su sepulcro.

Las aguas que atravesaba Bonaparte no eran aquellas que le condujeran de las playas de Córcega, de los arenales de Abouquir, de las rocas de la isla de Elba, a la ribera amiga de Provenza; era el Océano enemigo, que después de haberle encerrado en Alemania, Francia, Portugal y España, sólo se abría en su camino para volverse a cerrar después de su paso. Es posible que, al contemplar la marcha del navío, impulsado por las olas y por la fuerza del viento, no acudiesen a su mente, con respecto a su propia catástrofe, las reflexiones que ella me inspira, porque todos los hombres examinan su vida de distinto modo, y aquel que ofrece al mundo un gran espectáculo de felicidad o desventura, queda, al fin, menos aleccionado que los testigos de su poder o de su miseria. Ocupándose en la pasada grandeza, como si ésta pudiera volverle a halagar, esperando todavía en sus recuerdos, apenas advirtió Bonaparte que atravesaba la línea equinoccial, y no preguntó qué mano había trazado aquellos círculos, donde los diferentes globos se ven precisados a girar eternamente.

El 15 de agosto celebró la colonia errante el día de San Napoleón a bordo del navío que conducía al emperador a su última morada, y el 15 de octubre se hallaba el *Northumberland* a la altura de Santa Elena. El pasajero subió al puente, y divisó con trabajo un punto

negro, imperceptible en aquella azulada inmensidad; echó mano al anteojo y observó aquel pedazo de tierra, como hubiera observado en otro tiempo una fortaleza en un lago; por fin vió, distintamente, el solitario presidio de Saint-James encajonado entre dos escarpadas rocas y cubierto de artillería por todas partes, como si tratara de recibir al gran cautivo, según el espíritu guerrero que éste había desplegado durante su vida.

El 16 de octubre de 1815 entró Napoleón en el escollo que debía servirle de mausoleo, así como el 12 de octubre de 1492 llegó Cristóbal Colón al Nuevo Mundo, que fué el monumento de su gloria. Allí—dice Wálter Scott—, en la entrada del Océano Indico, estaba privado Bonaparte de los medios de llevar a efecto un segundo resurgimiento sobre la tierra.»

Antes de establecerse en Longwood ocupó Bonaparte una casa en *Briars*, cerca de *Balcomb's cottage*: después se hicieron en el primer punto las reparaciones necesarias por los carpinteros de la escuadra inglesa, y el 9 de diciembre pasó a ocuparlo su huésped. La casa, situada en una eminencia formada por montañas, constaba de una sala, comedor, biblioteca, gabinete de estudio y dormitorio. Poco era esto, a la verdad, aunque los que habitaron la torre del Temple y el torreón de Vincennes se encontraron peor alojados: al menos obtuvieron la gracia de que se abreviase su cautividad. El general Gourgaud, el conde de Montholon con su esposa y sus hijos, el señor de Las Cases con el suyo, se albergaron provisionalmente en tiendas: el mariscal Bertrand y su señora se establecieron en *Hutt's-Gate*, especie de cabaña en los límites del terreno de Longwood.

Bonaparte se podía pasear por una extensión de doce millas: este espacio estaba siempre guardado por centinelas, y también se habían colocado vigías en todas las alturas. El león era libre de llevar más adelante sus incursiones por el territorio; pero en este caso tenía que resignarse a que le acompañase un vigilante inglés. Dos puestos de guardias defendían el recinto del prisionero, y por la noche se estrechaban las centinelas alrededor de Longwood. A las nueve ya no podía salir Napoleón: rondaban las patrullas continuamente, y soldados de caballería e infantería apostados, a corta distancia unos de otros, en la llanura y

en el bosque, guardaban todas las sendas que conducían al campo. Dos bergantines de guerra navegaban constantemente alrededor de la isla... ¡Cuántas precauciones para custodiar a un hombre solo en medio de los mares! Después de ponerse el sol, ninguna embarcación podía salir del puerto; se contaban las barcas de los pescadores, y se las hacía permanecer toda la noche amarradas al muelle, bajo la responsabilidad de un oficial de marina.

Sir Georges Cockburn, autor y ejecutor de aquellas severas precauciones, fué relevado por sir Hudson Lowe. Desde entonces empezó la serie de tormentos y de miserias que leemos en todas las *Memorias*, en todos los recuerdos de Santa Elena. Si hemos de dar crédito a estas *Memorias*, el nuevo gobernador pertenecía a la familia de las enormes arañas de la isla, a la del más bajo reptil de aquellos bosques, en los cuales no se anida la serpiente. A Inglaterra faltó elevación en su política, y a Napoleón dignidad en su desgracia. A fin de poner término a unas exigencias de etiqueta que herían su orgullo, Bonaparte parecía decidido a veces a ocultarse bajo el seudónimo como un monarca en país extranjero, y aun imaginó tomar el nombre de uno de sus ayudantes de campo, muerto en la batalla de Arcola. Francia, Austria y Rusia nombraron comisarios para la residencia de Santa Elena, cuyo cautivo estaba acostumbrado a recibir a los embajadores de las dos últimas potencias; pero la legitimidad, que nunca reconoció a Napoleón como emperador, hubiera obrado con más nobleza si no le hubiese reconocido tampoco como prisionero.

Construyeron en Londres una espaciosa casa, que fué transportada a Santa Elena; pero Napoleón, cuya salud no era buena, no pudo habitarla. Su vida en Longwood era la siguiente: no tenía hora fija para levantarse, y, antes de efectuarlo, le leía en voz alta el señor Marchand, su ayuda de cámara, algunos de sus autores favoritos: después dictaba a los generales Montholon y Gourgaud y al hijo del conde de Las Cases. A las diez almorzaba; se paseaba a caballo o en carruaje hasta las tres, volvía a casa a las seis y se acostaba a las once. Afectaba vestirse de la misma manera que se advierte en el retrato de Isabey, y por las mañanas se envolvía en su bata, cubriéndose la cabeza con un pañuelo de la India.